

Articulación huelguística en la estancia magallánica: sociabilidad y politización del obrero rural en la Patagonia 1890-1912¹

Strike articulation in the Magellan estancia: sociability and politicization of the rural worker in Patagonia 1890-1912

Tomás Ulloa Álvarez²

Resumen: El presente artículo analiza el proceso de politización vivido por los trabajadores del campo en Magallanes, los que, por medio del aprovechamiento de las características laborales propias de la ganadería industrial, en conjunto a la utilización de rutas y espacios de sociabilidad heredados del periodo preindustrial, diseñaron una estrategia que politizó las relaciones sociales, tanto en las estancias como en las zonas urbanas. La huelga general de 1912 será entendida como la consagración exitosa de dicho proceso, pues el comportamiento adoptado por los huelguistas, a la par del tipo de demandas que exigían y al discurso pregonado por la prensa obrera, evidenció la clara transición hacia la formación de la clase obrera rural en la Patagonia.

Palabras Claves: Movimiento obrero; conflicto laboral; huelga; clase obrera; industrialización.

1 La versión original de este trabajo fue elaborada en el seminario de investigación de Licenciatura en Historia UCH 386301SE371-1 Seminario de investigación en historia social: proletarización y politización del sujeto popular en Chile, 1880-1920 impartido por el profesor Pablo Artaza.

2 Chileno. Estudiante de Licenciatura en Historia, Universidad de Chile. Santiago, Chile. Correo electrónico: tomasignacio.ulloa@gmail.com / Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9694-5513>

Abstract: This article seeks to analyze the politicization process of the rural workers in Magallanes. These farmworkers used the working conditions typical of industrial farming besides the routes to Patagonia and other spaces of sociability inherited from the preindustrial period to develop a strategy that allowed the politicization of social relations in the stations and in urbanized areas. The attitude taken by the striking workers, the nature of their demands, and the working-class press's speech evince the clear transition to creating a rural working-class in Patagonia. For these reasons, the general strike of 1912 will represent the successful recognition of that process.

Keywords: labor movement, labor conflict, strike, working-class, industrialization.

Iroducción

Las postrimerías del año 1912 trajeron consigo un hecho sin precedentes para la clase obrera del territorio magallánico, por primera vez, en los más de veinte años que llevaba afianzándose el capital ovino, se dió inicio a una huelga general del campo que movilizó –con admirable articulación– al sector más estratégico de la región, haciéndolo ingresar de manera triunfante, al escenario social de la moderna clase obrera que se estaba organizando en las minas, industrias y puer-tos del país.

El proletariado de la industria ovina –todo trabajador relacionado al rubro del campo, la grasería o el frigorífico– se posicionó como la vanguardia del movimiento obrero en Magallanes y la Patagonia, dado que, además de ser este el rubro con mayor cantidad de personal, trabajar en la estancia conllevaba conocer detalladamente cada camino y paraje en la estepa, hecho que facilitó de sobremana la articulación y politización de los escasos espacios de sociabilidad existentes, tanto en las estancias como en los pequeños poblados en vías de urbanización. El análisis de este último aspecto resulta esencial para comprender el triunfo de la primera huelga rural en la historia patagónica, pues, un territorio tan basto y desconectado como aquel, donde el ferrocarril era inexistente, las líneas de comunicación, aparte de ser escasas, estaban estrictamente controladas por el capital –haciendo del caballo el principal medio de mensajería– y, además, se carecía de representación parlamentaria, lo que evitó la típica cooptación política con fines electoralistas de los sectores populares; conllevó a que el proletariado rural se viera en la obligación de sacar el máximo provecho a las escasas

estructuras de interacción social conformadas al alero de la soberanía ovina³, por medio del uso de la imprenta y el basto conocimiento territorial que estos poseían. De tal forma es que la politización de las relaciones sociales se hizo presente para introducir, no sólo el discurso obrerista, sino también la necesidad de enfrentar el malestar social a través de la organización clasista.

Por politización de las relaciones sociales, entendemos la transformación que sufren las relaciones humanas cuando los materiales políticos comienzan a circular en los espacios de sociabilidad; decantando en la creación de un “mercado de ideas” que moldea y delimita los lineamientos ideológicos de las comunidades (Thompson 2012, 818). En simples palabras, el estado más básico de la sociabilidad, el que podríamos comprender como la habilidad del ser humano para vivir en comunidad y tener relaciones interpersonales a través del entretenimiento, las conversaciones, la taberna o el trabajo, se ve drásticamente alterada al momento de mezclarse con la política y su respectivo discurso, el que tiene como eje central una propuesta transformadora de la estructura social y la economía política (Thompson 2012, 822).

En el caso magallánico, aquella alteración estuvo orquestada por los mismos trabajadores rurales adherentes a la Federación Obrera de Magallanes (F.O.M.), de modo que, al agudizarse el malestar popular, la sociabilidad politizada instaló la discusión e intercambio de ideas, desde los salones de la Federación, hasta los boliches más recónditos de la estepa, dando inicio a una estrategia de articulación que aprovechó los espacios concurridos cotidianamente por los obreros en sus días laborales o de descanso. Según Aguhlon dicha estrategia no debiese causar extrañeza, ya que “inevitablemente veremos a la política utilizar estructuras tomadas de la sociabilidad, y a la sociabilidad, a la inversa, siempre proclive a colorearse de política” (2009, 123). En esa misma línea, el autor mantiene un diálogo con la matriz de análisis propuesta, dado que enfatiza la necesidad que tiene la política de hacer uso de las estructuras de sociabilidad “informales”, puesto que es la manera más confiable de erigir una organización “formal”.

Hacia 1890 se vivenció raudamente la instalación del capitalismo industrial. Esto se debió a que la colonización austral se volvió viable –después de cincuenta años de vaivenes financieros– gracias al establecimiento de la industria ovina de la mano de capitales británicos, haciendo de estos la columna vertebral de

3 Este concepto es desarrollado por Alberto Harambour, quien lo define como “la ocupación efectiva del territorio por parte de la industria ganadera; fue sobre esa primera forma de ocupación del espacio que luego los Estados comenzaron a implantar su propia autoridad. Los primeros dispositivos de soberanía territorial fueron la concesión virtual de tierras y la transformación legal de los administradores de estancias en autoridades de Estado”. (Véase: Harambour 2019)

su estructura económica, política y social (Martinic 2002). Como consecuencia directa de aquello, la temprana salarización de las relaciones laborales promovidas, tanto por la ganadería pionera, como por la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego (S.E.T.F.)⁴, marcó el tránsito definitivo hacia una sociedad de clases donde el obrero rural fue el principal actor político popular. Tal como menciona Julio Pinto (1990, 207), a medida que las estructuras económicas de un país se van modernizando, se comienza a configurar un nuevo tipo de relación entre sus principales actores sociales, ya que la difusión de relaciones centradas en el mercado confiere a la sociedad una mayor fluidez e inestabilidad, lo que termina generando una sociedad de clases propiamente tal. Ahora, el malestar de los sectores postergados adquiere una organicidad y sistematicidad de la que antaño era carente; aspecto que los hace transitar, abiertamente, hacia la politización de las relaciones sociales.

El paso de la ganadería pionera a la industria ganadera significó cambios y continuidades en el ordenamiento socio-espacial –los segundos siempre subordinados a la utilidad que le puedan dar los primeros–. El nomadismo, junto al tráfico libre de mercancías, personas y animales, ahora serían funcionales a la mano de obra heterogénea, especializada y estacional que exigía la S.E.T.F., pues la faena ovina requería una simple, aunque fina, división social del trabajo durante los meses de primavera y verano (Bascopé 2008, 23).

Producto del endogámico núcleo que formaron los británicos para mantenerse a la cabeza de las finanzas y los empleos en la Patagonia (Harambour 2015, 170), se generó una ardua tensión entre dicha élite y los demás trabajadores, porque hacia 1910, la carestía de la vida, la desvalorización de los salarios y la alta cesantía –producto del trabajo estacional– eran tan abrumantes, que se demandó con suma urgencia la articulación obrera en el territorio. A raíz de ello, durante el invierno de 1911, un grupo de aproximadamente ochenta trabajadores del campo dio vida a la F.O.M., la que adoptó como principal estrategia de expansión la politización de los dos principales espacios de sociabilidad magallánica: La ciudad –por ser quien recibe a la masa cesante durante los meses de otoño e invierno– y los hoteles o boliches rurales, utilizados como alojamiento, comedor, almacén y bar.

4 La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego (S.E.T.F.) fue la principal empresa ganadera de la Patagonia argentina y chilena. Tras su consolidación en la década de 1890 gracias al aporte de capitales ingleses pertenecientes a la Duncan Fox & Co., el futuro del territorio se vio drásticamente alterado, pues aquello significó la llegada del monopolio ganadero y el establecimiento definitivo del capitalismo industrial. La última década del siglo XIX puede considerarse, sin mayores complejidades, como el punto de inflexión entre la Patagonia pionera y la Patagonia industrial. (Véase: Bascopé 2008)

Dicho esto, es menester transparentar que las memorias de William Blain y la entrevista realizada en 1932 a Santiago “El Jimmy” Radboone serán utilizadas, únicamente, para reconstruir las vivencias de los pocos espacios de sociabilidad preindustriales que fueron aprovechados por el movimiento obrero en la década de 1910, y para entender las características del trabajo estanciero, ya que de lo contrario se estaría ignorando la experiencia casi marginal del trabajador argentino y chilote, asunto que merece una investigación aparte.

Para evidenciar que efectivamente se experimentó un auténtico proceso de politización obrera, lo señalado por Julio Pinto y Verónica Valdivia (2001, 10) para el caso salitrero nos parece adecuado y relevante –con los respectivos matices– para analizar las particularidades del caso magallánico. Es por ello que le daremos vital importancia a la formulación discursiva elaborada al interior de la F.O.M., pues nos permitirá dilucidar la posición social que se le otorgaba a los trabajadores rurales. También, analizaremos el nivel de efectividad que tuvieron los delegados de estancia al momento de canalizar las demandas populares a través de la misma Federación.

En relación a ello, lo propuesto por Grez (2000, 188) ayuda a robustecer nuestro planteamiento, dado que, el hecho de que los obreros rurales hayan levantado un diagnóstico donde se identificaron como el sector más golpeado por la crisis, y por consiguiente, hayan diseñado un pliego de demandas que buscaba solucionar dicha situación, a la misma vez que exigían su participación en la discusión e implementación de aquellas decisiones que afectaban a toda la sociedad local, por medio de una cámara del trabajo tripartita; denota una clara transición hacia las modernas formas de lucha. Así mismo podemos observar la conformación de clase, dado que, en vez de provocar un estallido puntual y violento sin más reivindicación que lo meramente salarial, tanto la masa de trabajadores rurales, como el directorio de la F.O.M., optaron por elaborar un petitorio, negociar con las autoridades y llevar a cabo una movilización con trasfondos nétamente clasistas; apostando por la unificación de todos los gremios de la industria ganadera al interior de la Federación.

La propuesta de análisis presente en el texto tiene como finalidad identificar las rutas y espacios de sociabilidad preindustriales que fueron legados por la ganadería pionera a la industria ovina, así como también, las características laborales de la última, puesto que, sobre aquella base se fue construyendo la articulación del trabajador del campo que terminó dando vida a la F.O.M.; cuestión que marcó el inicio de la politización de las relaciones sociales del proletariado rural, tanto en los tiempos de faena como en los meses de cesantía propios del trabajo estacional. A partir de 1911, se presenta una estrategia política urbano-rural que mediante la difusión de *El Trabajo* –periódico oficial de la Federación–,

la educación de los afiliados, la realización de mitines y la propaganda verbal, culmina con la primera huelga general del campo patagónico, movilización que será entendida como el inicio de la constitución de la clase obrera rural en la Patagonia, pues su desarrollo es claro indicio de un fructífero proceso de politización popular.

Para lograr lo planteado anteriormente nos posicionaremos desde un enfoque cualitativo, dándole vital importancia a la utilización de prensa obrera y a los diversos testimonios de la época al momento de reconstruir el escenario laboral, político y social del periodo. Por otra parte, el uso de historiografía relacionada al tema, así como también la diversa historiografía nacional e internacional, será de suma relevancia para dotar de espesor teórico a nuestra matriz de análisis.

Cambios y continuidades: La estancia magallánica y el trabajo estacional

En 1877, el gobernador de Magallanes Diego Dublé Almeyda visitó Puerto Stanley con la finalidad de introducir el ganado ovino en la Patagonia de la mano del comerciante y vicecónsul británico Henry Reynard. El resultado del exitoso negocio con los capitales de Islas Malvinas trajo consigo el primer gran traslado de ovejas a Magallanes; asunto que provocó el inicio de la transformación radical del paisaje económico, político y social de la Patagonia austral (Harambour y Azara 2016, 22).

Entre 1877 y 1890, la ganadería ovina carecía de una explotación de tipo industrial, puesto que no existían redes comerciales que la introdujesen en el mercado internacional y los capitales británicos aún no estaban del todo convencidos de inyectar una alta suma de dinero. En consecuencia, el desarrollo de la ganadería pionera –la que podemos fechar desde el primer arribo de ovejas hasta la creación de la S.E.T.F.– convivió, se desarrolló y utilizó una serie de tráficós que habían marcado la ocupación humana de la Patagonia (Bascopé 2009, 2). Nos referimos específicamente al nomadismo, comportamiento propio de los pueblos indígenas australes que también fue utilizado por los cazadores de avestruces, los balleneros, buscadores de oro y obreros rurales, pues la lógica de paraderos y recorridos, de “estancias”, ha delineado históricamente el territorio (Bascopé 2008, 25). Sobre dicha base, los primeros impulsos ganaderos a gran escala construyeron una estructura laboral mixta, ya que, por un lado, aprovechaban el abundante vagabundaje rural como mano de obra temporal, pero, por el otro, implementaban el sistema de crianza anglo-escocés adaptado a las Islas Malvinas, el que se caracteriza por el control de extensos retazos de tierra. Es por ello que la primera mano de obra especializada en llegar al territorio, con el fin de consolidarlo como asentamiento ganadero, fueron ovejeros escoceses.

Para comprender la estructuración laboral estanciera, las memorias del ovejero escocés William Blain, traducidas por Alberto Harambour y Mario Azara, son de suma utilidad, dado que dicho personaje fue contratado por un gran conglomerado económico de la Patagonia y participó en la formación de la primera gran estancia en Magallanes.

Blain arribó al puerto de Punta Arenas en 1881, y su impresión de aquel marginal poblado fue que “era por lejos el lugar más rudo que hubiera visto o deseara volver a ver” (Harambour y Azara 2016, 55). Una vez llegado al campo el panorama tampoco sería muy alentador, dado que, la reciente modernización de las relaciones de producción puesta en marcha hace solo cuatro años, aún carecía de estructuras aptas para albergar una importante cantidad de trabajadores. Estos vivían en carpas, cada uno con un rifle y municiones. En sus tiempos libres “mataban perros salvajes y hacían prácticas de tiro contra gansos salvajes, flamencos y cosas así. Disparaban más de lo que trabajaban” (Harambour y Azara 2016, 205). Por ende, además del cuidado de ovejas –razón por la que fue contratado en Escocia–, a Blain se le encargaron dos principales misiones: estar a cargo de las cuadrillas de trabajadores, los que iban variando en cantidad dependiendo de la estación del año, y erguir casas o refugios, con la finalidad de conectar los diversos núcleos estancieros en vías de industrialización.

Respecto a la primera misión, el joven escocés relata algo importante: la oferta y características laborales cambian drásticamente entre los meses de primavera-verano y otoño-invierno. Durante el verano “Había un montón de manos en el lugar, así que marcar corderos y esquila era un asunto apasionante”, mientras que “los carpinteros y unos pocos de los hombres más hábiles se mantuvieron ocupados erigiendo casas” (Harambour y Azara 2016, 71). En los meses de otoño e invierno las labores eran mucho más duras, pues enfrentaban el doble problema del clima y la escasa mano de obra. Inclusive, algo tan básico como concebir el sueño, en medio de la pampa, era todo un desafío, ya que los zapatos se escaraban y las extremidades se congelaban, haciendo que no pasará “más de un cuarto de hora sin que alguno se levantara para reparar el fuego y gritar *mucho frío!*” (Harambour y Azara 2016, 95). Pese a ser contextos económicos diferentes, hacia 1912 el trabajo invernal seguía siendo igual de tortuoso. Según lo relatado por *El Trabajo*, el obrero debía luchar con las inclemencias del clima, teniendo que dormir en pequeñas carpas y cocinar al aire libre. El trabajo, rudo como siempre, desgastaba enormemente las energías de los individuos (*El Trabajo*, 9 de noviembre de 1912, 2).

Para la década de 1890, la llegada de los capitales ingleses y el comienzo de la proletarización se hacía sentir en la estancia. La construcción de casas, cobertizos y refugios, no solo sirvió de parajes para los extensos viajes, sino también

para remarcar el distanciamiento entre trabajadores y administradores. Cuando Blain quedó a cargo de una Estancia del grupo ganadero-financiero británico Waldron & Wood en 1891, lo primero que le llamó la atención fue la existencia de una buena casa –ya no eran construcciones precarias– dividida en dos partes: una habitación era para “aquellos a cargo” y “las otras estaban para los peones o trabajadores”, la que además poseía un pequeño corral con bueyes y caballos (Harambour y Azara 2016, 88).

Las ya mencionadas particularidades y complejidades asumidas por la ganadería pionera, moldearon inevitablemente la estructura laboral impuesta por el capitalismo industrial. Para el año 1893, la formación de la S.E.T.F. trajo consigo el establecimiento de los capitales ingleses en la Patagonia y la industrialización de la ganadería ovina, dejando atrás –definitivamente– a las primeras experiencias ganaderas preindustriales, pero no por ello suprimiendo todas sus prácticas. Si bien el territorio de libre circulación se privatizó y el nomadismo, poco a poco, fue objeto de persecución, el vagabundaje entre una estancia y otra en busca de trabajo pasó a ser la regla y motor de la soberanía ovina. Las estancias de la Explotadora dependían y formaban parte de una lógica similar a la del capital de hoy en día, cuya virtud consistía en mantener en circulación seres y objetos. El poder ganadero se expresó en el control de puertas y de intersecciones, de empalmes y bifurcaciones (Bascopé 2008, 25).

La temprana salarización del campo patagónico, en conjunto a la efímera fiebre del oro, trajo consigo una alta tasa migratoria motivada por el atractivo salarial. Miles de personas dejaron sus familias, países o ciudades con tal de proletarizarse en la pampa austral, pero ni el oro era tanto como creían, ni los jornales eran tan altos como los promocionaban en otras latitudes. Ello conllevó una inevitable sobreabundancia de mano de obra que fue imposible absorber por parte de la industria ganadera, provocando que, alrededor de 1910, los estancieros bajaran los salarios, los comerciantes subieran los precios de los bienes de primera necesidad –en su mayoría importados de Europa– y los obreros se vieran obligados a vagar de un establecimiento a otro en busca de trabajo que no lograban hallar hasta que pasara el invierno, mientras los estancieros se quejaban por la gran cantidad de visitantes poco gratos (Harambour 2015, 5).

En cuanto a la estacionalidad del trabajo, su explicación es simple: Durante los meses de otoño e invierno las faenas de esquila y la exportación de carne de cordero se ven paralizadas, puesto que la primera se debe realizar con la llegada de la primavera –ya que de lo contrario las ovejas se morirían de frío– y la segunda solo corresponde a los meses transcurridos entre diciembre y fines de mayo, dado que posterior a la fecha, las ovejas son desparasitadas y se las lleva a los campos de invierno, esperando nuevamente el inicio del ciclo (Childs 2008, 106).

Dicho esto, es posible comprender por qué la vagabundancia obrera, aunque molesta, era de suma utilidad para la ganadería, en efecto, significaba mano de obra constante, abundante y a muy bajo costo.

Es así como el paso de la ganadería pionera a la industria ovina deja vivo el nomadismo y el trabajo estacional, creando una estructura laboral sumamente beneficiosa para los capitalistas, ya que, la Patagonia alcanzaría en pocas décadas el estándar de calidad que la distinguiría en los mercados laneros, convirtiéndose en el vivero lanero de Inglaterra (Harambour 2017, 559). La principal consecuencia de este sistema, que sirvió como semillero de la huelga de 1912, fue la existencia de una abundante masa de cesantes recorriendo los campos y los poblados magallánicos en busca de alojamiento, trabajo y comida; haciendo casi imposible que, en una comunidad en vías de transformarse en sociedad de clases, dichos sujetos no presenten intereses y necesidades opuestas a las de los estancieros y administradores, lo que culminó –como veremos más adelante– en la organización política motivada por la hambruna y potenciada por la utilización de los espacios clásicos de sociabilidad obrera.

Entre la ciudad y la estancia: Politización y sociabilidad del obrero rural

Cuando un grupo de personas conforman una asociación, es decir, un espacio para hablar sobre diversos temas o realizar determinadas actividades que no necesariamente deben tener tintes políticos, es cuestión de tiempo para que una coyuntura política o una crisis económica agite los ánimos entre los integrantes, pues tal como menciona Agulhon:

“Cuando se admite que treinta hombres que se supone tienen afinidades de vecindario, de entorno, de amistad, se reúnen para leer el periódico y para conversar, ¿qué reglamento podrá impedir que, al menos en épocas críticas, la conversación cayera en temas de política actual?” (2009, 123).

A partir de ese instante –y en lo que respecta al mundo obrero–, aquella sociabilidad comenzará a politizarse, lo que conllevará a que dichos sujetos cuestionen el lugar que ocupan en la sociedad, desarrollando un discurso e intereses de clase, haciendo un llamado a convertirse en sujetos de su propia emancipación y exacerbando la lucha de clases como condición necesaria para corregir los males sociales. Aquel proceso provocará, automáticamente, la resistencia de aquéllos que sustentan su poder en la explotación, la ignorancia y la miseria popular (Pinto y Valdivia 2001, 12-13). La existencia de bares, cafés, mutuales, intelectuales pertenecientes a las clases medias y partidos políticos que buscan adhesión en el mundo popular, intensificó de sobremanera dicho proceso, puesto que, el

tráfico de información y la presencia de espacios de reunión, son la base para la politización. Este último aspecto corresponde al típico proceso de politización de las relaciones sociales, característico de los lugares con intensa sociabilidad y tráfico de información.

El problema que se presenta al analizar el caso en cuestión, es que, no había un abundante tráfico de información, ni existían muchos espacios que dieran pie a la sociabilidad obrera, ya que, los medios de locomoción eran escasos, las distancias entre una estancia y otra eran enormes, Tierra del Fuego estaba aislada por el canal del estrecho, la única línea telefónica pertenecía a la S.E.T.F., solo habían dos telégrafos en la región –dos en el campo y uno en Punta Arenas– y para la masa obrera “no había más medio de comunicación que los que llevan los correos a lomo de caballo” (Iriarte 1915, 134).

A ello se le suma que, a diferencia de la zona centro de Chile, donde el disciplinamiento de los sectores populares fue sinónimo de mano de obra permanente y residente en el mismo lugar de trabajo –el inquilinaje–, en Patagonia la temporada de faenas era sumamente corta, cuanto más duraba seis meses y en el peor de los casos –la esquila– de sesenta a setenta días, teniendo que vivir entre el empleo ocasional, el vagabundaje y ser allegado en la casa de algún familiar o amigo en la ciudad.

Teóricamente el jornal pagado en las estancias era alto en comparación al del resto del país (Harambour 2019, 147), pero según la prensa obrera de la época, la devaluación de la moneda nacional y la instalación de la aduana en 1912 generó una carestía de la vida sin precedentes, donde el bolsillo del obrero rural fue el más afectado (El Trabajo 23 de noviembre de 1912, 1-2).

Según el relato de Iriarte (1915) desde 1910 el malestar se dejó caer abruptamente sobre el trabajador del campo, y junto con ello los anhelos de organización. La limitada articulación territorial al interior de la pampa y la escasa comunicación entre la ciudad y el campo, hacían que el sueño de una organización se viera lejano. Pese a ello, no es extraño que, una vez aparecido el fenómeno del desempleo, las manifestaciones de descontento y repudio hacia los empresarios se hicieran presentes, pues la hambruna acarreada por la cesantía ha sido históricamente motor de organización obrera (Pinto 2007, 211).

Es por aquella razón que, tras analizar las diversas complejidades propias de la ganadería, decidieron esperar a los meses de mayo y junio de 1911 –meses en que arriba a la ciudad casi todo el personal de las estancias– para erigir la primera organización laboral del rubro ganadero en el territorio, la Asociación de Carneadores “Unión y Progreso”. Dicha organización era de carácter gremial

y solo representaba a los obreros carniceros, por lo que no logró dar abasto a las demandas y necesidades de la totalidad del personal estanciero. Si algo se debe rescatar de este primer intento organizativo, es que su primera –y única– estrategia de expansión marcaría la pauta de los procesos de politización venideros, ya que, tras imprimir un manifiesto inaugural que explicaba a grandes rasgos sus objetivos, los asociados debieron recorrer los diversos establecimientos carniceros del territorio, tanto para hacer entrega del documento como para intentar ganar la adhesión de los demás carneadores (Iriarte 1915, 15).

Los recién llegados del campo iban a visitar dicha sociedad, pero salían desilusionados porque los reglamentos de esta los excluían por no pertenecer al gremio (Iriarte 1915, 16). A raíz de aquello, y como resultado de las intensas conversaciones entre los trabajadores rurales y el gremio de carneadores, se decidió citar a todos los obreros rurales a una reunión general el 11 de junio del mismo año, con el objetivo de levantar una organización que representase a toda la clase obrera del territorio, sin distinción de oficio, nacionalidad, religión o credo político (Harambour 2009, 386). Dicha reunión contó con un total de ciento cincuenta asistentes, de los cuales ochenta dieron su firma para conformar el primer grupo de afiliados de la F.O.M., organización que fue la vanguardia del movimiento obrero patagónico-fueguino hasta 1920.

Ahora el proletario rural, antes carente de un espacio que luchase por mejorar sus condiciones de vida y que promoviese su instrucción y politización, comenzó a ser portador de una sólida organización, que en el transcurso de un año se validó, no solamente ante la clase obrera patagónica, sino también ante el capital ovino, logrando imponer mejoras laborales en todas las estancias del territorio, lo que consagró –por primera vez– el trabajo regulado en el campo patagónico. Su éxito fue tal, que el empresariado demandó la intermediación del Estado a través de una Cámara del Trabajo tripartita para dar solución a los conflictos obreros (Harambour 2009, 387), lo que no logró hasta el uso del fusil en julio de 1920.

La fundación de la F.O.M. sienta las bases para crear un nuevo modo de relación de los trabajadores entre sí y de estos con el sistema de poder –el capital ovino–. Este fue su carácter revolucionario: abre el paso hacia la revolución de identidad en el seno del trabajador del campo, antes carente de todo tipo de organización. Al igual que lo experimentado en procesos similares, dicho cambio en la identidad proletaria marcó un punto de inflexión desde el punto de vista social, ya que, los trabajadores se comenzaron a cuestionar su calidad de objeto de dominación, generando un tránsito inevitable hacia su constitución en sujeto histórico totalmente consciente de su porvenir (Illanes 2003, 275-276).

El proceso politizador al que hacemos mención, nació, se desarrolló y tuvo su primer triunfo sindical en poco más de un año, lo que hace evidente, no solo el entusiasmo que despertó en la masa obrera, sino también las fructíferas estrategias desarrolladas por los mismos obreros para ganar la adhesión de sus demás compañeros, incluyendo también a “los reacios” y los no tan convencidos, como menciona Iriarte (1915, 20). La vanguardia obrero-rural conformada al interior de la F.O.M., implementó la misma estrategia propagandística que su homóloga predecesora, solo que a mayor escala y asumiendo un desafío nunca antes visto: promover la organización obrera al interior de las estancias. A partir de ese momento:

“Todo federado era un activo propagandista para atraer a los reacios o a los que, por no estar suficientemente enterados de los fines que ella perseguía, no habían concurrido a las reuniones; cada socio trabajaba en este sentido con la fé de un convencido y con el teson del que lo espera todo del trabajo que está ejecutando (...) Este trabajaba en la propaganda verbal, aquel en aportar algun conocimiento para la confección de los Estatutos, el otro escribiendo a sus amigos o conocidos residentes en el campo pidiéndoles su adhesión y propaganda” (Iriarte 1915, 20-21).

En simples palabras, se trataba de sacarle el mayor provecho a las escasas instancias que permitían cumplir con tales objetivos.

Utilizar los espacios en que habitualmente se reunía el esquilador, el carneador, el ovejero y el peón –ya sea en temporada laboral o en tiempos de desempleo–, con el fin de realizar propaganda clasista, permitió crear nuevas reglas de juego en la realidad política patagónica. En concreto, politizar las relaciones sociales dio paso a disponer de un conjunto de recursos organizativos, relacionales e identitarios para el ejercicio de la soberanía (González 2008, 16). Así lo dejaban ver los trabajadores adheridos a la F.O.M. a un año de su fundación:

“Carneadores, esquiladores, etc. Fueron los primeros que, sin comprender aún toda la importancia de la obra, la llevaron a cabo con entusiasmo y decisión pero, preciso es confesarlo, estaba lejos de su ánimo creer que en tan corto espacio de tiempo llegaría a adquirir tan colosales proporciones el trabajo de la unificación de las clases obreras de Magallanes dado los escasos medios y dificultades que por su enorme extensión presenta el territorio (...) el obrero de hoy, con mas esperiencia que instrucción, comprende que si es verdad que debe guardar respeto a su patrón, debe tambien exigir de él retribuya este respeto y la comprensión justa de su trabajo (...) no somos los reformadores de antiguas usanzas, pero trabajamos y trabajaremos

siempre con infatigable empeño por derribar de su pedestal bambaleante a ese tirano moderno que se llama abuso patronal” (El Trabajo 11 de junio de 1912, 1).

Para mediados de 1912 la politización del trabajador del campo era fructífera, la formulación discursiva criticaba el lugar que ocupaba la clase obrera en la sociedad y se hacía una clara diferenciación entre explotados y explotadores. La articulación de las demandas populares encontraba voz al interior de la F.O.M. y, como veremos más adelante con el caso de la huelga de 1912, se levantaban diagnósticos y diseñaban soluciones para los principales males que aquejaban al proletario rural. Todo este proceso decantó en que los obreros pudieron sentarse a negociar mejoras laborales, frente a frente, con los administradores y representantes del capital ovino. Pero nada de ello hubiese sido posible sin todo el esfuerzo previo que logró articular a la desperdigada masa obrera residente en la pampa patagónica.

La estrategia de expansión que diseñó el núcleo fundador de la F.O.M. consistió de dos etapas. La primera era lograr la mayor cantidad de afiliados posibles en el tiempo de cesantía, pues los mitines, la circulación de El Trabajo y las diversas actividades en apoyo al resto de la clase trabajadora de Punta Arenas, causarían una buena impresión entre quienes no se mostraron muy convencidos. La segunda etapa, como consecuencia directa de la anterior, intentaría ganar adherentes en el censo de las mismas estancias a partir de septiembre, dado que después de haber organizado un grupo de trabajadores convencidos de la lucha obrera, estos serían los portadores del germen sindical durante los meses de faena, haciendo de los comedores, hospederías y hoteles-boliches, el centro de la articulación huelguística para finales de 1912. Para la correcta comprensión de dicho proceso, es menester hacer un análisis por separado y en orden de ambas etapas.

Mientras duró la inactividad forzosa del mundo obrero, los cesantes desarrollaron una intensa práctica política y agitacional en diversos puntos de la ciudad. Para este caso en específico, el efecto “subversivo” no se producía por la transmisión de ideas socialistas o anarquistas –el elemento obrero aún no las asumía como propias, a diferencia del período 1918-1920, donde la ideología anarquista se posicionó dominante al interior de la F.O.M.–, sino por la exigencia de un nivel salarial y laboral que los estancieros no estaban en disposición de otorgar. Es por ello que se postuló como herramienta esencial la unión de los trabajadores en general, ya fuese para la defensa de sus intereses más inmediatos, para la reivindicación de sus derechos o la implantación de un nuevo orden social; en palabras de Iriarte “por el derecho a vivir como jentes” (1915, 35).

Durante el otoño e invierno de 1912, las estrategias que más dieron frutos al engrandecimiento de la F.O.M. fueron la promoción de la instrucción popular – motivando a los federados a estudiar en la escuela nocturna–, la solidaridad con los conscriptos flagelados del Batallón Magallanes y la difusión del periódico oficial de la Federación, *El Trabajo*, sin el que ninguna de las dos estrategias anteriores hubiese sido posible.

De acuerdo con Illanes (2003, 281), la educación popular era algo fundamental para que los obreros avanzasen en su organización. Es la única manera de lograr educación, libertad, estímulos artísticos y justicia. Una de las primeras acciones tomadas por el directorio de la F.O.M. fue ayudar a la Escuela Nocturna Popular con la cantidad de doscientos pesos al año, puesto que la mayoría de quienes concurrían al aula eran obreros de la Federación. Si bien los directores de la escuela rechazaron la oferta, porque no querían aceptar “dineros obreros” mientras tuvieran otra fuente de ingresos, aprovecharon la ocasión para mencionar que veían con muchísimo agrado la asistencia de los socios de la Federación a las clases (Iriarte 1915, 84). Promover la educación al interior de los círculos obreros, era una práctica recurrente adoptada por las organizaciones clasistas del país y del mundo, puesto que era la única manera de eliminar la ignorancia, aspecto que los hacía fácilmente manipulables y sumisos. La conjugación entre instrucción y organización fue ampliamente divulgada en *El Trabajo*:

“Los obreros estamos en la obligación precisa de cobijarnos bajo la bandera de la federación y asistir a la escuela popular por que en día no lejano tendremos el prohombre a quien pedir y este no se eche al canasto diciéndonos pueblo imbécil (...) A la Federación y a la Escuela o casa del pueblo compañeros que estas son las lumbreras de los obreros y que el día de mañana es nuestro” (11 de mayo de 1912, 4)

La F.O.M. veía en la instrucción popular un pilar fundamental para el robustecimiento de su orgánica, pues, era la única manera de que su periódico fuese leído por más gente al interior del campo y la ciudad; aspecto que, en última instancia, facilitaría de sobremanera la politización de los obreros rurales.

El 25 de junio tuvo lugar un suceso que conmovió a gran parte de la sociedad popular magallánica, cuatro conscriptos del Batallón Magallanes fueron flagelados por las órdenes del comandante Alberto Lara. El relato revela lo humillante del hecho:

“Horas más tarde –las once y media a. m.– se ponía en ejecución la orden del comandante Lara que disponía el oprobioso castigo de veinticinco azotes con vara de mimbre; los ayes de las víctimas eran oídos no solo de

sus compañeros, que ex-profeso habían sido llevados a la parte alta del edificio, sino por los transeúntes y aún hasta el edificio de la Maestranza que está al frente” (El Trabajo 29 de junio de 1912, 2).

Al hacerse público los hechos, la F.O.M. rápidamente organizó una asamblea donde hablaron dos familiares de los conscriptos y se redactó un memorial al Presidente de la República y al Ministro de Guerra, que contenía 1.323 firmas y daba cuenta de lo acontecido en el Batallón. Los artículos publicados en El Trabajo hacían alusión a que dichos conscriptos eran parte de la clase obrera de Magallanes, independiente del uniforme que vestían, ya que además de no pertenecer al escalafón de altos mandos, uno de ellos era federado (El Trabajo 29 de junio de 1912, 1).

La participación activa que se tomó en el transcurso de los días sirvió de estímulo para que muchos sujetos se interesasen por el trabajo de la F.O.M., tanto en la ciudad como en el campo. Para la fecha, la validación de la Federación entre los trabajadores que se quedaron en las estancias durante los meses de invierno no era alta, dado que la desconexión propia del territorio hacía difícil que se enterasen de los intereses, objetivos y labor realizada. Pero “lo obrado en favor de los flajelados del Batallón Magallanes hizo que repercutiera su nombre desde el Paine, en la Patagonia, hasta Cabo San Pablo en la Tierra del Fuego” (Iriarte 1915, pp 113-114), generando un aumento considerable de prestigio y afiliados que serían de suma utilidad en la huelga que estaba pronta a estallar.

Apoyar causas sociales y procurar defender los intereses auténticos de la clase trabajadora, ajenos a todo tipo de politiquería, hizo crecer enormemente la cantidad de federados; las muestras de solidaridad con causas que conmovían a la sociedad popular entregaron buena imagen a quienes aún no se asociaban. Aprovechando determinadas conmociones y la utilidad de la imprenta, la F.O.M. por medio de su periódico, publicó artículos que reflexionaban en torno a la calidad de vida de los sectores populares y lo mal que estos habían sido tratados por el capital –en el caso del trabajador del campo, por los estancieros y administradores.

Estar en posesión de una imprenta permitió, tanto politizar espacios tradicionales de la sociabilidad urbana de Punta Arenas, como crear un nuevo espacio de sociabilidad altamente politizado desde sus inicios, puesto que, históricamente, esta ha jugado un rol muy importante en la agitación y movilización de los actores sociales, constituyéndose en un centro de tráfico de libros y folletos, lugar de encuentro y de clandestinas denuncias (Illanes 2003, 272). Prueba de ello, es que entre mayo y septiembre se formaron dos gremios nuevos dentro de

la Federación: el de Panaderos y el de Carpinteros de Rivera, que “unidos al gran número de socios llegados del campo formaban el activo de socios residentes en Punta Arenas” (Iriarte 1915, 84-85).

La situación socio-política y laboral de la estancia magallánica era portadora de muchas continuidades propias de la explotación ovina previa a la década de 1890. Como se mencionó anteriormente, el vagabundaje rural o nomadismo obrero, pese a los inconvenientes que generaba a los administradores, fue necesario para sostener el particular régimen industrial desarrollado por la S.E.T.F., de modo que, se necesitaban obreros calificados al mismo tiempo que estacionales. Los ovejeros británicos fueron el primer grupo de trabajadores calificados en arribar al territorio con el fin de erguir la soberanía ovina, y fueron ellos mismos quienes crearon o fomentaron, con un fin netamente laboral, la mayoría de los espacios de sociabilidad en la amplia pampa Patagónica. Nos referimos específicamente a la hospedería y/o casa estanciera –donde también se encontraban los comedores obreros– y el hotel-boliche, el cual era externo al dominio de la estancia y entraba en directo conflicto con esta por albergar a elementos indeseados o subversivos.

En 1932 el periodista norteamericano Herbert Childs, en conjunto a su esposa, decidió emprender un viaje rumbo a la Patagonia, debido al interés que le despertó la historia de un inglés apodado “El Jimmy”, quien en épocas anteriores trabajó como ovejero para reconocidas firmas ganaderas, pero tras cuatro años de ardua labor, decidió optar por la vida nómada y transfronteriza que le ofrecía la Patagonia de principio del siglo XX; aspecto que lo convirtió en un gran conocedor de la sociabilidad popular y del bandolerismo rural.

Cuando Childs y su esposa estaban en ruta a encontrarse con Jimmy, pararon a almorzar en un boliche en medio de la pampa. Al momento de ingresar al lugar, el panorama les fue un tanto chocante, no solo por la gran cantidad de hombres gritando y bebiendo, sino también, porque todos estaban armados con largos facones y pistolas (Childs 2008, 34). Cuando llegaron a destino, Jimmy se encargó de hacerles saber que dicha característica era sumamente común en el territorio y que, antiguamente, las cosas eran aún más rudas:

“En los viejos tiempos era frecuente que un hombre se metiera en un boliche, pusiera su facón sobre la barra, gritara su nombre y mirara alrededor con desafío. O revoleaba el poncho alrededor de los demás, mirando retadoramente y esperando que alguno se adelantara” (Childs 2008, 101).

Evidentemente, los boliches eran una molestia a la hora de disciplinar a los trabajadores rurales de la Patagonia. Las noches de alcohol podían terminar fá-

cilmente en salvajes peleas con cuchillo o pistola, pero, también era un espacio propicio para el comercio ambulante de todo tipo; la circulación de productos y la presencia de servicios iba desde juego de cartas, zurcido de ropa y reparación de equipamiento de caballo, hasta la venta de té, café, yerba y varios tipos de estofado (Harambour y Azara 2016, 81-82).

Además de almacén, bar, casa de juegos y albergue, el boliche nutrió el “virus” del proletariado ambulante, ya que ese estado de desolación estepario, alejado del control estanciero, alimentaba los más diversos temores entre los administradores y empresarios de la industria ovina (Bascopé 2008, 38-39). Casos hubo, como el de Jimmy en 1894, donde un simple boliche a las afueras de la ciudad sirvió para planear y ejecutar una fuga de la cárcel de Punta Arenas; que, en el caso específico del personaje en cuestión, le valió el reconocimiento de ser el hombre más buscado de Magallanes durante casi una década (Childs 2008, 37).

Pero tan pronto como apareció la organización obrera, también comenzó a circular el traspaso de información política, conversaciones sobre los malos tratos laborales en las diversas estancias y uno que otro ejemplar de prensa. A modo de ejemplo, podemos mencionar el caso de Severino Camporro, un gallego anarquista dueño de un boliche en Río Gallegos que, además de fiar mercadería a los huelguistas de 1920, los incitaba a mantener la huelga hasta el último hombre. Otro polémico bolichero de la época fue Sixto González, acusado de propagandista e instigador (Bayer 2009, 56). El caso más icónico de la “amenaza bolichera” se dio en el contexto de las movilizaciones obreras de principios de la década del veinte en la Patagonia Argentina, ya que al estallar la huelga general de 1921 en la Provincia de Santa Cruz, entre las estrategias desarrolladas por las tropas enviadas desde el norte del país, estaba acabar con el abastecimiento que les proporcionaban varios bolicheros a los huelguistas (Harambour 1999, 163).

Hacia la década de 1910 el tránsito de gente al interior de los campos aumentó considerablemente, pues la tasa migratoria –principalmente chilota– iba en alza. El alojamiento y alimentación de los “transeúntes” o “pasajeros”, era una tradición tehuelche que fue continuada por las estancias a pesar de las periódicas muestras de descontento, dado que era imprescindible permitir el flujo de personas e información a través de la estepa escasamente poblada (Harambour y Azara 2016, 77). Casi extinta la población indígena “el blanco sin recursos comienza a surcar la tierra patagónica; la próxima batalla será contra él” (Bascopé 2009, 9).

Teniendo en consideración los aspectos antes mencionados, no debiese parecer raro que desde la formación de la F.O.M. hasta el estallido de la primera huelga rural en Magallanes, el proceso de politización haya sido tan fructífero,

debido a que eran los mismos trabajadores del campo, ahora federados, quienes hacían propaganda verbal en los espacios a los que habitualmente concurrían a la hora de almuerzo, una vez terminada la faena del día o cuando debían hacer extensos viajes por la pampa. De hecho, el directorio de la F.O.M. estaba conformado mayoritariamente por obreros rurales, lo que provocaba como consecuencia directa que, una vez iniciada la temporada de trabajo, asumieran el rol de “propagandistas en *pro* de la organización, sembrados en las distintas estancias de la inmensa lonja patagónica é isla de Tierra del Fuego” (Iriarte 1915, 33-34). Los comedores y, en las horas de descanso, los camastros, se convirtieron en espacio de articulación del movimiento obrero:

“En la tarde del día indicado llegaron los trabajadores de la estancia San Gregorio, en numero de 28, á alojar en Meric. Como el administrador tenía ya conocimiento que los que llegaban se habían negado a trabajar por el jornal hasta entonces establecido en todas las estancias, recibió a los que llegaban con visibles muestras de desagrado, creyendo –y con razón– que sus trabajadores harían lo mismo (...) en la noche informaron a los de Meric de lo que a ellos había sucedido, y, conforme al compromiso contraído en las Asambleas tenidas en su Agrupación en Punta Arenas, cumplían con el programa dándoles a conocer cómo ellos habían abandonado el trabajo (...) Todos, pues, quedaron de acuerdo en abandonar las faenas el próximo lunes” (Iriarte 1915, 136-137).

Cuando el Jimmy relató las particularidades del trabajo estanciero, aseguró que, en los periodos de alta producción, la necesidad de mano de obra aumentaba exponencialmente, puesto que, un solo buen esquilador podía mantener ocupados a varios peones en las labores de limpieza y confección de fardos lanares. Por lo cual, la temporada de esquila era una buena oportunidad para los agitadores (Childs 2008, 107). En base a ello, no debiese parecer extraño que, tanto la huelga de 1912, como la obtención de las 8 horas laborales para Magallanes en 1918 y la insurrección de Puerto Natales en 1919, hayan sido entre fines de noviembre y febrero, en efecto, era el único momento para realizar movilizaciones de gran magnitud que presionasen a los capitales estancieros.

Algo no menos relevante para comprender el proceso estudiado, es que inclusive en los mismos estatutos de la organización se mencionaba la necesidad de tener a un representante federal en cada estancia:

“7.º Para la cobranza de cuotas y respecto, tanto de parte de trabajadores como de patrones, á los acuerdos y disposiciones á que se arribe, sobre las condiciones de trabajo, se podrá nombrar á un socio, como representante

de la Federación en cada establecimiento, estancia u obra en que trabajen los socios, á quien se le podrá designar con el título de Representante Federal y quien será el intermediario entre patrones y trabajadores y entre éstos y la Federación” (Iriarte 1915, 27).

Uno de los ejes principales de la articulación política se basó en el mantenimiento de una red de información que permitió la colectivización de las experiencias –los abusos ocurridos en una estancia comenzaron a conocerse en las otras– y la articulación conjunta de acciones huelguísticas. Los recorridos intermitentes de los correos ecuestres de la F.O.M., junto a la temprana producción y puesta en circulación de prensa obrera, no hicieron más que intensificar la politización de las relaciones sociales. Las visitas a puestos, boliches y estancias, ya fuese para repartir diarios o para anunciar decisiones sindicales, fueron urdiendo un tejido reivindicativo que terminaría por detener o entorpecer el funcionamiento de la S.E.T.F. (Bascopé 2008, 40). Ya no se trataba de cuatreros organizados, de desempleados vagabundos, ni de indígenas hambrientos, sino de empleados activos y funcionales que poco a poco simpatizaban más con el discurso clasista.

Un par de años más tarde la situación se hacía alarmante para la S.E.T.F., los representantes de la F.O.M. en las estancias se dedicaban a dar proclamas subversivas e incentivar los paros. Así lo manifestaba T.R.D. Burbury, gerente general de la S.E.T.F. en 1917:

“Dear sir,

With reference to our memorándum of the 12th February, instructing you to allow “cobradores” to collect subscriptions under conditions stated, take note that for the following reasons that permission is hereby withdrawn

1) Coincident with the arrival of the “cobrador” at Rio Mac the shearers declined to work on the Saturday afternoon, when requested to complete shearing.

2) Coincident with the visit of the “cobrador” to Galeta Josefina, there was a trouble with the shearers.

3) The “cobrador” on arrival at our Freezer in Puerto Bories was expelled while attempting to give a socialistic address to workmen during the meal hour.

Under these circumstances, therefore, no representative of any Workmen's Society is to be allowed on the premises.

Yours faithfully

For la SOCIEDAD EXPLOTADORA DE TIERRA DEL FUEGO

T.R.D. Burbury

General Manager" (Bascopé 2008, 41).

La organización obrera rural que se gestó al interior de la F.O.M., fue portadora y pregonera de la "sociabilidad moderna", ilustrada, de las familias obreras, en una perspectiva socialmente horizontal y geográficamente latitudinal. El Trabajo expandió el debate local, tanto en el campo como en la ciudad, facilitando de sobremanera la adhesión de un sin número de proletarios separados por la inmensidad de la pampa patagónica. El éxito de la estrategia desplegada entre 1911 y 1912, se personificó en el triunfo de la huelga del campo de 1912, ya que, pese a las enormes distancias que separaban a los establecimientos ganaderos, la articulación y el paro general fueron posibles, logrando incluso una excepcional coordinación entre la masa obrera del territorio.

Articulación huelguística en la pampa magallánica

Las malas condiciones laborales, los bajos salarios, la carestía de la vida y la intransigencia patronal, detonaron inevitablemente la primera huelga general del campo en Magallanes y la Patagonia. Su magnitud fue tal, que la población urbana mostró altos niveles de simpatía y solidaridad con la causa, llegando incluso a levantar un paro general en apoyo a los obreros rurales.

Al hacer un análisis exhaustivo de la prensa obrera, una de las cosas que más llama la atención es la minuciosa preparación que tuvieron los federados en el campo y en la ciudad a la hora de preparar la huelga. El primer atisbo huelguístico que se dejó entrever en El Trabajo mencionaba que:

"En atención a los crecidos precios que han alcanzado las mercaderías en general, precios que no guardan relación con los jornales ganados, tenga a bien aumentar el precio de los jornales en la proporción y condiciones que a continuación se espresan (...)" (26 de octubre de 1912, 3)

El artículo finaliza haciendo un análisis de los salarios, indumentarias y convenios laborales que debían tener los esquiladores, peones y velloneros. Además, recalca que toda dificultad acaecida entre el obrero y el capataz, será resuelta por el Administrador y el Delegado Federal de la estancia correspondiente.

Al no tener respuesta por parte de los estancieros, la F.O.M. se dio cuenta que la intransigencia patronal podría culminar fácilmente en una huelga, por lo que, anteponiéndose a los hechos, decidió mandar una comisión al campo con el fin de informar el movimiento que se estaba iniciando para mejorar la condición económica del obrero rural. Asimismo, portarían un documento donde se detallaban todas las obligaciones de los asociados y del delegado federal:

“Es obligación de los delegados:

1º Distribuir las libretas a los esquiladores en las cuales deben anotar los animales esquilados y el precio percibido por este trabajo.

2º Hacer propaganda en pro del mejoramiento económico del obrero iniciado por la Federación.

3º Asesorar a los federados de los acuerdos tomados por el directorio y hacerles saber así mismo los conceptos emitidos por la prensa del norte del país, la cual para desvirtuar nuestra justa petición nos hace aparecer como anarquistas y revolucionarios, lo que es tan falso como inmerecido.(..)

6º Será un deber de todo asociado respetar al Delegado y velar por la seguridad personal de él y facilitarle, en lo que más sea posible, los medios para trasladarse de un punto a otro en el desempeño de su comisión” (El Trabajo, 9 de noviembre de 1912, 3).

El punto número seis va a ser sumamente crucial para los días de la huelga, pues el despliegue de miles de obreros del campo –con sus respectivos delegados federales– a Punta Arenas será una realidad. El uso de caballos, automóviles y embarcaciones van a ser parte activa de la articulación huelguística, ya que como veremos más adelante:

“Los correos llegaban y salían en todas direcciones sin que las autoridades lograsen detenerlos; traían y llevaban comunicaciones con una rapidez sorprendente; cada seis u ocho horas llegaba y salía un propio, éste llevando y aquel trayendo noticias del movimiento. I casos hubo, como el de Victor Oyarzun, que las cien leguas que separan a Punta Arenas de Ultima

Esperanza fueron salvadas en un solo día –días largos del mes de diciembre– por llegar a tiempo con una noticia de importancia” (Iriarte 1915, 144)

Los enormes sacrificios empleados en el triunfo de la causa obrera, se pueden explicar por medio del pliego de demandas que esbozaron los diversos gremios adherentes a la F.O.M., donde la totalidad de las peticiones hacían alusión a la cuestión salarial y al hambre. Se luchaba por el aumento de los salarios, informar el precio que se les cobraba por la comida en las estancias, las herramientas de trabajo a las que tendría derecho el esquilador, el derecho a pasaje una vez terminada las faenas, una retribución proporcional a quienes sufran accidentes laborales y la abolición del pago para sostenimiento del médico de la estancia (Iriarte 1915, 115).

El directorio de la Federación trabajó arduamente en los preparativos de la huelga, estudiando las peticiones de los gremios y enviando comunicaciones a los asociados que más influencia tenían sobre la masa obrera, dándoles instrucciones de cómo proceder ante la oficialización del paro (Iriarte 1915, 116). Una semana antes de declararse el paro general, salió nuevamente una comisión que recorrió todas las estancias del territorio, dando a conocer el plan de acción para la primera irrupción histórica del proletariado rural en la escena del movimiento obrero.

El día 28 de noviembre estalló la huelga en la estancia San Gregorio después de que los esquiladores recibieron la información del Delegado Federal, provocando gran sorpresa en el directorio de la F.O.M., puesto que se adelantaron un par de días a lo estipulado. Lo interesante de este caso no son los pormenores, sino el comportamiento que tuvieron los obreros a la hora de articular la huelga, ya que San Gregorio fue la vanguardia huelguística en el campo Magallánico. Esto se puede explicar por medio de las publicaciones de *El Trabajo*; dicho periódico constantemente transparentaba los aportes monetarios recibidos y la única estancia que envió dinero para la compra del estandarte –en junio de 1912– fue San Gregorio, de la mano de once trabajadores (*El Trabajo* 11 de junio de 1912, 4). Este dato no es menor, dado que por la estación del año la cantidad de trabajadores que se mantenían en el campo era muy reducida. Por ende, se deduce que la estancia San Gregorio tenía un núcleo fuerte y constante de once federados durante el otoño e invierno. Cifra que aumentaría colosalmente con la llegada de la primavera y el verano.

Lo mencionado anteriormente se refuerza aún más al saber que, el grupo de aproximadamente ciento cincuenta personas que abandonaron las faenas, siguieron al pie de la letra el plan detallado por la Federación. Lo primero que

hicieron fue ir al telégrafo de Punta Dúngenes, puesto que podrían dar aviso de lo acontecido a Punta Arenas, y al ser este un puerto, los obreros que no anduvieran a caballo podrían tomar un barco e ir a promover la paralización en las estancias aledañas (Iriarte 1915, 130). En menos de un día llegó un telegrama a la F.O.M. dando cuenta de que Punta Delgada, Laguna Blanca, Pecket, y Gringos Duros también habían paralizado las faenas y que en el puerto de Oazi Harbour estaban esperando una embarcación alrededor de ciento veinte obreros. El telegrama decía lo siguiente: “Federación Obrera. Federados esperamos vapor en esta: estamos sin auxilio. Delegado Federal”. (El Trabajo, 6 de diciembre de 1912, 4)

Los días siguientes el número de obreros llegados a la ciudad superaban el millar, lo que despertó una gran simpatía con la población estable de la ciudad. Los aportes a la causa fueron tales, que la F.O.M. abrió un comedor para los allegados mientras durase la huelga, además de organizar diversas actividades para la entretención de los mismos. El día 5 de noviembre, tras previo acuerdo con los diversos gremios de la ciudad, se realiza un paro general en Punta Arenas como muestra de solidaridad con los trabajadores del campo. Finalmente, tras arduas discusiones con la patronal el triunfo obrero era real:

“Para los esquiladores 17 chelines el ciento de animales esquilados; los peones ganarían 170 pesos mensuales y pagaran su comida, no debiendo exeder su precio de una libra esterlina (...) a los ovejeros se les aumentaría en una libra esterlina mensual sobre sus actuales sueldos; queda abolido el pago de doctor y todo obrero que sea contratado en ésta, se les dará pasaje de ida y vuelta” (El Trabajo 14 de diciembre de 1912, 2).

La victoria conseguida por los trabajadores del campo tendría un trasfondo mucho mayor que una mera reivindicación salarial. Fue el fruto de un año y medio de trabajo constante al interior de la ciudad y en el corazón de la pampa magallánica. Sin una articulación obrera fructífera al interior del campo, las pretensiones huelguistas nunca hubiesen podido ser materializadas, por lo tanto, solo la transformación del boliche y la hospedería en centros de politización, logró unir a los desconectados proletarios del campo de Magallanes para hacerlos entrar victoriosos a la organización y construcción de la clase obrera patagónica.

Conclusión

La transición laboral en Magallanes vivida al alero de los capitales británicos, perpetuó el uso de rutas y espacios de sociabilidad preindustriales, debido a la utilidad que tenían a la hora de articular el territorio para la libre circulación de mercancías, animales y seres humanos. Sobre aquella base, el trabajador del

campo –ahora constituido como proletariado rural– sacó provecho de las faenas de carácter estacional que ofrecía la S.E.T.F. para encontrarse con sus pares en Punta Arenas y así poder discutir sobre las paupérrimas condiciones laborales que les aquejan. Si bien el primer intento organizativo no fue del todo fructífero, su esmero en unificar al rubro de los carneadores del territorio para recién poder construir propuestas que den solución a sus malestares, nos evidencia el principal conflicto en la región: la desconexión entre los diferentes poblados y enclaves industriales de la Patagonia y la falta de cohesión obrera.

La constitución de la F.O.M. como portadora de las demandas del proletariado rural, generó un cambio radical en los espacios de sociabilidad obrera por medio de la politización de los mismos; dando inicio a la etapa final de todo proceso de proletarización: la aceptación total de la actual condición para comenzar el tránsito hacia la conformación de clase. Ahora ya no son simples personas mendigando trabajo o alojamiento en los tiempos de cesantía, puesto que se constituyeron como sujetos de cambio y comprendieron que la organización es fundamental para construir un futuro más prometedor.

Tal como mencionan varios autores dedicados al estudio del movimiento obrero, la correlación entre discurso y actuar no siempre es fructífera, dado que, tal como aconteció en el norte salitrero en la década de 1890 –e inclusive a principios del 1900–, las proclamas revolucionarias dictadas por la prensa y los caudillos, no fueron motivo para evitar la típica violencia de los motines peonales. Aquello no quiere decir que la violencia estuvo ausente como método de protesta en los años donde el movimiento obrero logró mayor organicidad y articulación, pero sí se mantuvo ajena a ser la estrategia central de las movilizaciones, debido a que se comenzaron a construir pliegos de demandas más elaborados, medidas de presión más sofisticadas y se optó, mayoritariamente, por negociar con las autoridades. He ahí la importancia de la huelga general de 1912, ya que supo aprovechar el contexto de hambruna y carestía de la vida en que se fundó la Federación.

Si bien, es imposible comprender la motivación de cada uno de los obreros que se plegó a la movilización, sí podemos afirmar que el proceso de politización impulsado por el grupo más convencido de los trabajadores del campo fue exitoso. La minuciosa preparación de la huelga con meses de anticipación, el esfuerzo vertido en unificar y articular a un despoblado territorio, la inexistencia de motines, la creación de una vanguardia obrera en la estancia con mayor cantidad de federados y la construcción de un petitorio que fue ganado en negociación directa con las autoridades del gobierno y el capital, no es más que la clara muestra de la transformación social sufrida en la región. Ahora los obreros del rubro con

mayor importancia económica, transitarán hacia la formación de la clase obrera rural en la Patagonia.

Referencias Bibliográficas

Agulhon, M. 2009. *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bascopé, J. 2008. Pasajeros del poder propietario. La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y la biopolítica estanciera (1890-1920). *Magallania*, Vol. 2, N° 36, 19-44.

Bascopé, J. 2009. De la exploración a la explotación. Tres notas sobre colonización de la Patagonia austral, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Revisado el 15 de octubre de 2020. Disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/56645>

Bayer, O. 2009. *La Patagonia rebelde*. Coyhaique: Talleres gráficos F.U.R.I.A.

Childs, H. 2008. *El Jimmy fugitivo de la Patagonia. Una vida de aventuras entre tehuelches, policías y colonos. 1892-1936*. Buenos Aires: Zagier & Urruty.

González, P. 2008. La sociabilidad y la historia política. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Revisado el 10 de noviembre de 2020. Disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/24082>

Grez, S. 2000. Transición en las formas de lucha: Motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907), *Historia* (n.º 33), 141-225.

Harambour, A. 1999. *El movimiento obrero y la violencia política en el territorio de Magallanes 1918-1925*. Santiago: Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad Católica de Chile.

Harambour, A. 2009. Racialización desde afuera, etnización hacia adentro. Clase y región en el movimiento obrero de la Patagonia, principios del siglo XX. 369-396. En: Lara, Manuel y Gaune, Rafael (Editores). *Historia de racismo y discriminación en Chile*. Santiago: Uqbar ediciones.

Harambour, A. 2015. Capturar el viento. Nómades e inmigrantes en los archivos estatales y empresariales (Patagonia, Argentina y Chile 1840-1920). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, coloquios. Revisado el 10 de octubre de 2020. Disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/68037>

Harambour, A. y Azara, M. 2016. *Un viaje a las colonias. Memorias y diarios de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898)*. Santiago: DIBAM.

·Harambour, A. 2017. Soberanía y corrupción. La construcción del Estado y la propiedad en Patagonia austral (Argentina y Chile 1840-1920), *Historia*, Vol. 1, N° 50, 555-596.

·Harambour, A. 2019., *Soberanías fronterizas. Estados y capital en la colonización de la Patagonia (Argentina y Chile 1830-1920)*. Valdivia: Ediciones de la Universidad Austral de Chile.

·Illanes, M. 2003. *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Santiago: LOM ediciones.

·Martinic, M. 2002. La participación de capitales británicos en el desarrollo económico del territorio de Magallanes (1880-1920). *Historia* (N° 35), 299-321.

·Pinto, J. 1990. La transición laboral en el norte salitrero: La provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile 1870-1890, *Historia* (N° 25), 207-228.

·Pinto, J. y Valdivia, V. 2001. *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago: LOM ediciones.

Pinto, J. 2007. *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*. Santiago: LOM ediciones.

Thompson, E.P. 2012. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. España: Capitán Swing.

Fuentes

·El Trabajo 1912.

·Iriarte, G. (1915). *La organización Obrera en Magallanes*. Punta Arenas: Imprenta El Trabajo.